
FIGURAS

I

Con un poco de miedo, que es casi terror, cruzo la playa.

Estoy descalza; me duele la arena caliente, se hunde mi pie en ella... tan blanda, tan cálidamente dolorosa entra en mi piel, se pega; me la llevo toda; cada partícula es mía, tan mía que me hace llorar unirme a ella.

Es un grito que no sale con ruido, se transforma en... arena caliente.

Sigo camino. Todo está vacío de gente. No hay nada más que cielo-mar-arena. El sol, no es sol, es calor que me acaricia; siento su mirada amarilla.

Yo no soy yo para él, sino algo que camina como el mar, sin objeto y sin rumbo. Estoy casi desesperada, pero para él soy un bulto, ni siquiera un instrumento.

El pelo mojado se me va secando, lo siento golpear en la espalda y siento también el olor a piel salada, asoleándose.

Mi sombra va conmigo, ella es tan opaca como yo, tan absolutamente sin sentido, por eso se esconde.

El mar se mueve como un inmenso animal gris-verde que tiene centenares de patas con pezuñas blancas, centenares de dientes, de lenguas, de ojos, de crestas blancas; las va alzando con ritmo, a veces unas..., y todo él hasta el horizonte se estremece con vida que es movimiento; muerde la arena, se la traga, raspa su cuerpo contra ella, la lame y deja su saliva.

Lo miro allí, la luz también lo acaricia dolorosamente, también lo quiere, es horrible, pero tan inmenso que no asombra por su fealdad sino por su tamaño.

Hasta el horizonte es una sola cosa que únicamente desea algo igual que lo recoja.

Ni siquiera tiene sombra.

Camina solo.

II

En los charcos salpica la lluvia.

Lo hace jugando, como si de alguna manera quisiera animar el agua estancada.

Contagia ansias de sentirse agua y repiquetear en otro ser semejante.

La vereda es angosta, la calle recta, todo es triste.

Los edificios cruelmente civilizados cortan a pique con rectas perpendiculares; todo es cemento; sólo la lluvia parece móvil, parece viva.

Vienen a lo lejos, un hombre y una mujer.

Hay cierto aspecto armónico en ellos, como si estuvieran acostumbrados a caminar muchas cuadras juntos.

Se acercan; al atravesar el charco hay indecisión en él que luego es inmediatamente compartida con una chispa de asombro en los ojos de ella.

Se paran largo rato, están solos frente a esas paredes grises, húmedas; frente a ese poco de agua; se separan sin darse cuenta, algo ha irrumpido en ellos.

Cada cual es ahora una unidad sin puertas ni ventanas, contemplando...

Todo es eso: mirada.

El agua se ahonda dulcemente para que quepa una gota más, la recibe, la envuelve y suspira en largos círculos concéntricos.

Se forma un hueco. Se cierra.

Hay un movimiento de escape, de huida incontrolada, quieren irse, les hace mal todo eso. Una lejanía inmensa los separa, no un océano, son unas gotas de agua.

Siguen camino con paso desaparejo.

SUSANA FERRARI.